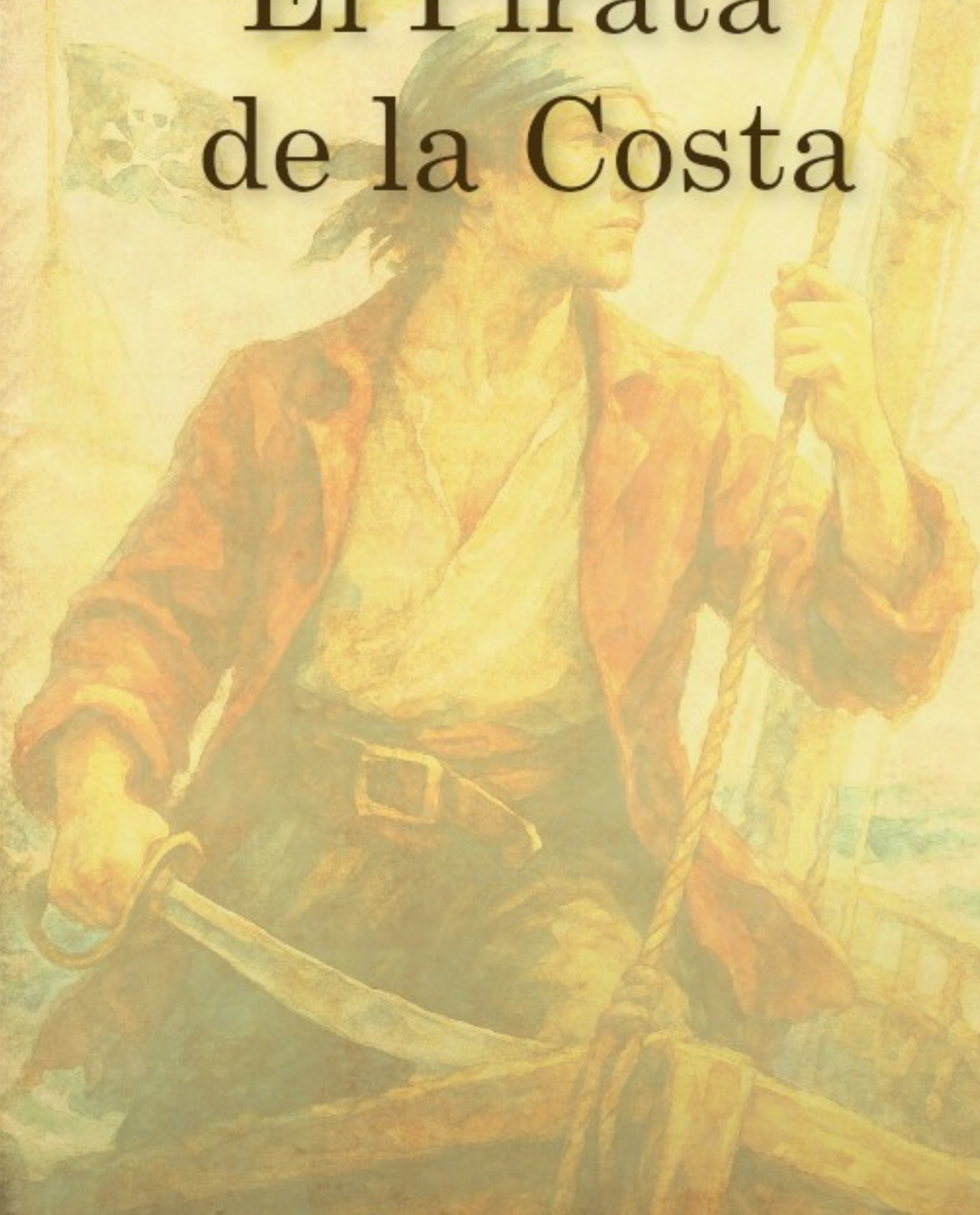


F. Scott Fitzgerald

El Pirata
de la Costa



E LEJANDRIA

F. Scott Fitzgerald

El Pirata
de la Costa



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL PIRATA DE LA COSTA

F. SCOTT FITZGERALD

PUBLICADO: 1920

FUENTE: WIKISOURCE

EDICIÓN: NEW YORK CHARLES SCRIBNER'S SONS 1921

TRADUCIDO POR ELEJANDRÍA

EL PIRATA DE LA COSTA

CAPÍTULO 1

Esta inverosímil historia comienza en un mar que era un sueño azul, tan colorido como medias de seda azul, y bajo un cielo tan azul como el iris de los ojos de un niño. Desde la mitad occidental del cielo, el sol lanzaba tímidos discos dorados al mar —si mirabas con suficiente atención podías verlos saltar de cresta en cresta hasta unirse a un ancho collar de monedas de oro que se estaba formando a media milla de distancia y que finalmente se convertiría en una deslumbrante puesta de sol. Aproximadamente a medio camino entre la costa de Florida y el collar dorado, un yate de vapor blanco, muy joven y grácil, estaba anclado, y bajo un toldo azul y blanco en popa, una muchacha de cabello rubio descansaba en un sofá de mimbre leyendo *La rebelión de los ángeles*, de Anatole France.

Tendría unos diecinueve años, esbelta y flexible, con una boca mimada y seductora y vivaces ojos grises llenos de radiante curiosidad. Sus pies, descalzos y adornados más que calzados con zapatillas de raso azul que se balanceaban con despreocupación de los dedos, estaban posados en el brazo de un sofá contiguo al que ocupaba. Y mientras leía, se deleitaba intermitentemente aplicando ligeramente sobre su lengua medio limón que sostenía en la mano. La otra mitad, exprimida hasta secarse, yacía en la cubierta a

sus pies y se mecía muy suavemente al compás del casi imperceptible movimiento de la marea.

La segunda mitad del limón estaba ya casi sin pulpa y el collar dorado había crecido asombrosamente en anchura, cuando de repente el somnoliento silencio que envolvía al yate se rompió por el sonido de fuertes pisadas y un hombre mayor, coronado por un cabello gris bien peinado y vestido con un traje de franela blanca, apareció en lo alto de la escala de cámara. Allí se detuvo un momento hasta que sus ojos se acostumbraron al sol, y entonces, al ver a la muchacha bajo el toldo, emitió un largo y uniforme gruñido de desaprobación.

Si con ello había pretendido obtener algún tipo de reacción, estaba condenado a la decepción. La muchacha pasó tranquilamente dos páginas, retrocedió una, se llevó el limón mecánicamente a distancia de probarlo y luego, muy débilmente pero de forma inconfundible, bostezó.

— ¡Ardita! — dijo severamente el hombre canoso.

Ardita emitió un pequeño sonido que no indicaba nada.

— ¡Ardita! — repitió — . ¡Ardita!

Ardita levantó el limón lánguidamente, dejando escapar tres palabras antes de que alcanzara su lengua.

— Oh, cállate.

— ¡Ardita!

— ¿Qué?

— ¿Vas a escucharme... o tendré que pedirle a un sirviente que te sujete mientras te hablo?

El limón descendió muy lenta y desdeñosamente.

— Ponlo por escrito.

— ¿Tendrás la decencia de cerrar ese libro abominable y desechar ese maldito limón durante dos minutos?

— Oh, ¿no puedes dejarme en paz ni un segundo?

— Ardita, acabo de recibir un mensaje telefónico de la costa...

—¿Teléfono? —mostró por primera vez un leve interés.

—Sí, era...

—¿Quieres decir —interrumpió ella con asombro— que te dejan tender un cable hasta aquí?

—Sí, y justo ahora...

—¿No chocarán otros barcos con él?

—No. Va por el fondo. Hace cinco min...

—¡Bueno, que me aspen! ¡Caramba! La ciencia es oro o algo así... ¿no?

—¿Me dejarás decir lo que empecé?

—¡Dispara!

—Bueno, parece que... bueno, estoy aquí... —hizo una pausa y tragó saliva varias veces, distraído—. Oh, sí. Jovencita, el coronel Moreland ha llamado de nuevo para pedirme que me asegure de llevarte a cenar. Su hijo Toby ha venido desde Nueva York expresamente para conocerte y ha invitado a varios jóvenes más. Por última vez, ¿vas a...?

—No —dijo Arditá secamente—. No iré. Vine a este condenado crucero con la única idea de ir a Palm Beach, y lo sabías, y me niego rotundamente a conocer a ningún maldito viejo coronel ni a ningún maldito joven Toby ni a ninguna maldita vieja gente joven, ni a poner un pie en ninguna otra maldita vieja ciudad de este loco estado. Así que, o me llevas a Palm Beach o te callas y te vas.

—Muy bien. Esto es la gota que colma el vaso. En tu encaprichamiento por ese hombre —un hombre conocido por sus excesos, un hombre al que tu padre no habría permitido ni siquiera mencionar tu nombre— has reflejado el demi-monde en lugar de los círculos en los que presumiblemente has crecido. De ahora en adelante...

—Ya lo sé —interrumpió Arditá irónicamente—, de ahora en adelante tú sigues tu camino y yo el mío. Ya he oído esa historia antes. Sabes que nada me gustaría más.

—De ahora en adelante —anunció grandilocuentemente—, no eres sobrina mía. Yo...

— ¡O-o-o-oh! — el grito brotó de Ardita con la agonía de un alma perdida —. ¡Quieres dejar de aburrirme! ¡Quieres irte! ¡Quieres saltar por la borda y ahogarte! ¡Quieres que te tire este libro!

— ¿Si te atreves a hacer algo...?

¡Zas! La rebelión de los ángeles voló por el aire, erró su objetivo por el tamaño de una nariz corta y rebotó alegremente escaleras abajo por la escala de cámara.

El hombre canoso dio instintivamente un paso atrás y luego dos cautelosos pasos adelante. Ardita se irguió sobre su metro sesenta y poco y lo miró desafiante, sus ojos grises llameantes.

— ¡Aléjate!

— ¿Cómo te atreves? — gritó él.

— ¡Porque me da la real gana!

— ¡Te has vuelto insoportable! Tu carácter...

— ¡Tú me has hecho así! ¡Ningún niño tiene mal carácter a menos que sea culpa de su familia! Sea lo que sea, tú lo hiciste.

Musitando algo entre dientes, su tío se dio la vuelta y, caminando hacia proa, llamó en voz alta pidiendo la lancha. Luego regresó al toldo, donde Ardita se había sentado de nuevo y había reanudado su atención al limón.

— Voy a tierra — dijo lentamente—. Volveré a las nueve de la noche. Cuando regrese, partiremos de vuelta a Nueva York, donde te entregaré a tu tía por el resto de tu vida natural, o más bien, antinatural. — Hizo una pausa y la miró, y entonces, de repente, algo en la absoluta infantilidad de su belleza pareció desinflar su ira como un neumático, dejándolo indefenso, inseguro, completamente fatuo.

— Ardita — dijo, no sin amabilidad—, no soy tonto. He visto mundo. Conozco a los hombres. Y, niña, los libertinos confirmados no se reforman hasta que están cansados... y entonces no son ellos mismos... son cáscaras de sí mismos. — La miró como esperando asentimiento, pero al no recibir señal ni sonido de ello, continuó—. Quizás el hombre te ame... eso es posible. Ha amado a muchas mujeres y amará a muchas más. Hace menos de un mes, un mes, Ardita, estuvo involucrado en un notorio lío con esa mujer

pelirroja, Mimi Merrill; prometió darle el brazalete de diamantes que el Zar de Rusia le dio a su madre. Lo sabes... lees los periódicos.

—Escándalos emocionantes por un tío ansioso —bostezó Ardita—. Que lo filmen. Hombre de mundo malvado echándole el ojo a flapper virtuosa. Flapper virtuosa completamente seducida por su pasado escabroso. Planea encontrarse con él en Palm Beach. Frustrada por tío ansioso.

—¿Quieres decirme por qué demonios quieres casarte con él?

—No sabría decirlo, la verdad —dijo Ardita secamente—. Quizás porque es el único hombre que conozco, bueno o malo, que tiene imaginación y el coraje de sus convicciones. Quizás sea para alejarme de los jóvenes tontos que pasan sus horas vacías persiguiéndome por todo el país. Pero en cuanto al famoso brazalete ruso, puedes estar tranquilo en ese aspecto. Me lo va a dar en Palm Beach... si muestras un poco de inteligencia.

—¿Y qué hay de la... mujer pelirroja?

—No la ha visto en seis meses —dijo ella enfadada—. ¿No supones que tengo suficiente orgullo como para encargarme de eso? ¿No sabes ya a estas alturas que puedo hacer lo que me dé la maldita gana con cualquier maldito hombre que quiera?

Levantó la barbilla como la estatua de Francia Despierta y luego estropeó un poco la pose al levantar el limón para la acción.

—¿Es el brazalete ruso lo que te fascina?

—No, simplemente intento darte el tipo de argumento que atraería a tu inteligencia. Y ojalá te fueras —dijo, enfadándose de nuevo—. Sabes que nunca cambio de opinión. Llevas tres días aburriéndome hasta el punto de volverme loca. ¡No iré a tierra! ¡No iré! ¿Me oyes? ¡No iré!

—Muy bien —dijo él—, y tampoco irás a Palm Beach. De todas las chicas egoístas, malcriadas, descontroladas, desagradables e imposibles que he...

¡Plas! El medio limón le dio en el cuello. Simultáneamente, llegó una llamada desde la borda.

—La lancha está lista, Sr. Farnam.

Demasiado lleno de palabras y rabia para hablar, el Sr. Farnam lanzó una mirada de absoluta condena a su sobrina y, dándose la vuelta, bajó rápidamente por la escala.

CAPÍTULO 2

Las cinco rodaron desde el sol y se zambulleron sin ruido en el mar. El collar dorado se ensanchó hasta convertirse en una isla resplandeciente; y una leve brisa que había estado jugando con los bordes del toldo y meciendo una de las zapatillas azules colgantes, de repente se cargó de canción. Era un coro de hombres en armonía cerrada y en perfecto ritmo con el acompañamiento del sonido de los remos golpeando las aguas azules. Ardita levantó la cabeza y escuchó.

«Zanahorias y guisantes,
Judías de rodillas suplicantes,
Cerdos en mares distantes,
¡Tipos con suerte!
Sóplanos la brisa,
Sóplanos la brisa,
Sóplanos la brisa,
Con tus fuelles.»

Ardita arrugó la frente con asombro. Muy quieta, escuchó con avidez mientras el coro entonaba una segunda estrofa.

«Cebollas y judías,
Marshalls y Deans,

Goldbergs y Greens

Y Costellos.

Sóplanos la brisa,

Sóplanos la brisa,

Sóplanos la brisa,

Con tus fuelles.»

Con una exclamación, arrojó el libro al escritorio, donde quedó despatarrado, y corrió hacia la barandilla. A cincuenta pies de distancia se acercaba un gran bote de remos que contenía siete hombres, seis de ellos remando y uno de pie en la popa marcando el compás de su canción con la batuta de un director de orquesta.

«Ostras y Rocas,

Serrín y calcetas

¿Quién haría clepsidras

con violonchelas?—»

Los ojos del líder se posaron de repente en Ardita, que estaba inclinada sobre la barandilla, hechizada por la curiosidad. Hizo un rápido movimiento con la batuta y el canto cesó al instante. Ella vio que él era el único hombre blanco en el bote: los seis remeros eran negros.

—¡Ah del Narcissus! —gritó cortésmente.

—¿A qué viene toda esa discordia? —demandó Ardita alegremente—. ¿Es esta la tripulación de remo universitaria del manicomio del condado?

Para entonces, el bote rozaba el costado del yate y un negro corpulento en la proa se dio la vuelta y agarró la escala. Acto seguido, el líder abandonó su posición en la popa y, antes de que Ardita se diera cuenta de su intención, subió corriendo por la escala y se plantó sin aliento ante ella en la cubierta.

—¡Se perdonará la vida a las mujeres y los niños! —dijo enérgicamente—. ¡Todos los bebés llorones serán ahogados inmediatamente y todos los varones encadenados con grilletes dobles!

Hundiendo las manos con excitación en los bolsillos de su vestido, Ardita lo miró fijamente, muda de asombro.

Era un joven con una boca desdeñosa y los brillantes ojos azules de un bebé sano engastados en un rostro moreno y sensible. Su pelo era negro azabache, húmedo y rizado: el cabello de una estatua griega vuelta morena. Era de complexión esbelta, vestía elegantemente y tenía la gracia de un ágil quarterback .

— ¡Bueno, seré...! — dijo ella aturdida.

Se miraron fríamente el uno al otro.

— ¿Rinde usted el barco?

— ¿Es esto un arranque de ingenio? — demandó Ardita—. ¿Es usted idiota... o solo está pasando por una novatada de alguna fraternidad?

— Le pregunté si rendía el barco.

— Pensé que regía la ley seca — dijo Ardita con desdén—. ¿Ha estado bebiendo esmalte de uñas? ¡Será mejor que se baje de este yate!

— ¿Qué? — la voz del joven expresó incredulidad.

— ¡Bájese del yate! ¡Me ha oído!

La miró por un momento como si considerara lo que había dicho.

— No — dijo lentamente su boca desdeñosa—; no, no me bajaré del yate. Usted puede bajarse si lo desea.

Acercándose a la barandilla, dio una orden seca e inmediatamente la tripulación del bote de remos trepó por la escala y se alineó ante él, un negro corpulento como el carbón en un extremo y un mulato en miniatura de metro cuarenta y cinco en el otro. Parecían vestir uniformemente una especie de traje azul adornado con polvo, barro y jirones; sobre el hombro de cada uno colgaba un pequeño saco blanco de aspecto pesado, y bajo los brazos llevaban grandes estuches negros que aparentemente contenían instrumentos musicales.

— ¡Firmes! — ordenó el joven, haciendo chocar sus propios talones energicamente—. ¡Alineación! ¡Vista al fren...! ¡Salga aquí, Babe!

El negro más pequeño dio un rápido paso adelante y saludó.

— ¡Sí, señó!

— Toma el mando, baja, atrapa a la tripulación y átalos... a todos excepto al maquinista. Tráemelo. Ah, y apila esos sacos junto a la barandilla.

— ¡Sí, señó!

Babe saludó de nuevo y, dando media vuelta, hizo señas a los otros cinco para que se reunieran a su alrededor. Luego, tras una breve consulta susurrada, todos bajaron en silencio por la escala de cámara.

— Ahora —dijo el joven alegremente a Ardita, que había presenciado esta última escena en un silencio fulminante—, si jura por su honor de flapper —que probablemente no valga mucho— que mantendrá esa boquita mimada suya bien cerrada durante cuarenta y ocho horas, puede remar hasta la orilla en nuestro bote.

— ¿Y si no?

— Si no, se va a hacer a la mar en un barco.

Con un pequeño suspiro, como por una crisis bien superada, el joven se dejó caer en el sofá que Ardita había desocupado recientemente y estiró los brazos perezosamente. Las comisuras de sus labios se relajaron apreciativamente mientras miraba a su alrededor el rico toldo a rayas, los latones pulidos y los lujosos accesorios de la cubierta. Su mirada se posó en el libro y luego en el limón exprimido.

— Hm —dijo—, Stonewall Jackson afirmaba que el zumo de limón le aclaraba la cabeza. ¿Siente usted la cabeza bastante clara?

Ardita desdeñó responder.

— Porque dentro de cinco minutos tendrá que tomar una decisión clara sobre si se va o se queda.

Cogió el libro y lo abrió con curiosidad.

— La rebelión de los ángeles . Suena bastante bien. Francés, ¿eh? —La miró fijamente con nuevo interés—. ¿Es usted francesa?

— No.

— ¿Cómo se llama?

— Farnam.

—¿Farnam qué?

—Ardita Farnam.

—Bueno, Ardita, no sirve de nada quedarse ahí de pie mordiéndose el interior de la boca. Debería abandonar esos hábitos nerviosos mientras es joven. Venga aquí y siéntese.

Ardita sacó una pitillera de jade tallado del bolsillo, extrajo un cigarrillo y lo encendió con estudiada frialdad, aunque sabía que le temblaba un poco la mano; luego cruzó con su andar flexible y cadencioso, y sentándose en el otro sofá, exhaló una bocanada de humo hacia el toldo.

—No puede echarme de este yate —dijo con firmeza—; y no tiene mucho sentido común si cree que llegará lejos con él. Mi tío tendrá radio-mensajes zigzagueando por todo este océano para las seis y media.

—Hm.

Ella miró rápidamente su rostro, captó la ansiedad estampada allí claramente en la más leve caída de las comisuras de los labios.

—A mí me da igual —dijo, encogiéndose de hombros—. No es mi yate. No me importa hacer un crucero de un par de horas. Incluso le prestaré ese libro para que tenga algo que leer en el barco guardacostas que le lleve a Sing-Sing.

Él se rio con desdén.

—Si eso es un consejo, no se moleste. Esto forma parte de un plan organizado antes de que yo supiera que este yate existía. Si no hubiera sido este, habría sido el siguiente que pasáramos anclado a lo largo de la costa.

—¿Quién es usted? —demandó Ardita de repente—. ¿Y qué es usted?

—¿Ha decidido no ir a tierra?

—Ni siquiera lo consideraré remotamente.

—Generalmente se nos conoce —dijo—, a los siete, como Curtis Carlyle y sus Seis Colegas Negros, ex-artistas del Winter Garden y el Midnight Frolic.

—¿Son cantantes?

—Lo éramos hasta hoy. Actualmente, debido a esos sacos blancos que ve ahí, somos fugitivos de la justicia y si la recompensa ofrecida por nuestra captura no ha alcanzado ya los veinte mil dólares, me equivoco.

—¿Qué hay en los sacos? —preguntó Ardita con curiosidad.

—Bueno —dijo él—, por el momento lo llamaremos... barro... barro de Florida.

CAPÍTULO 3

Diez minutos después de la entrevista de Curtis Carlyle con un maquinista muy asustado, el yate *Narcissus* estaba en marcha, navegando a vapor hacia el sur a través de un balsámico crepúsculo tropical. El pequeño mulato, Babe, que parecía gozar de la confianza implícita de Carlyle, tomó el mando total de la situación. El valet del Sr. Farnam y el chef, los únicos miembros de la tripulación a bordo además del maquinista, tras haber ofrecido resistencia, estaban ahora reconsiderando, atados firmemente a sus literas abajo. Trombone Mose, el negro más grande, fue puesto a trabajar con una lata de pintura borrando el nombre *Narcissus* de la proa y sustituyéndolo por el nombre *Hula Hula*, y los demás se congregaron en popa y se enfrascaron intensamente en un juego de dados.

Habiendo dado orden de que se preparara una comida y se sirviera en cubierta a las siete y media, Carlyle se reunió con Ardita y, hundiéndose de nuevo en su sofá, entrecerró los ojos y cayó en un estado de profunda abstracción.

Ardita lo escrutó cuidadosamente y lo clasificó inmediatamente como una figura romántica. Daba el efecto de una imponente confianza en sí mismo erigida sobre una base ligera: justo bajo la superficie de cada una de sus

decisiones, ella discernía una vacilación que contrastaba decididamente con el arrogante rizo de sus labios.

«No es como yo», pensó. «Hay una diferencia en alguna parte».

Siendo una egotista suprema, Ardita pensaba frecuentemente en sí misma; como nunca nadie había disputado su egotismo, lo hacía de forma totalmente natural y sin menoscabo de su incuestionable encanto. Aunque tenía diecinueve años, daba la impresión de ser una niña precoz y de gran espíritu, y en el brillo actual de su juventud y belleza, todos los hombres y mujeres que había conocido no eran más que restos flotantes en las ondas de su temperamento. Había conocido a otros egotistas —de hecho, encontraba que la gente egoísta la aburría bastante menos que la gente altruista—, pero hasta entonces no había habido ninguno al que no hubiera derrotado finalmente y puesto a sus pies.

Pero aunque reconoció a un egotista en el sofá, no sintió ese cierre habitual de puertas en su mente que significaba preparar el barco para la acción; por el contrario, su instinto le dijo que este hombre era de alguna manera completamente vulnerable y bastante indefenso. Cuando Ardita desafiaba las convenciones —y últimamente había sido su principal diversión— era por un intenso deseo de ser ella misma, y sentía que este hombre, por el contrario, estaba preocupado por su propio desafío.

Estaba mucho más interesada en él que en su propia situación, que le afectaba como la perspectiva de una función de matiné podría afectar a una niña de diez años. Tenía una confianza implícita en su capacidad para cuidar de sí misma bajo cualquier circunstancia.

La noche se hizo más profunda. Una pálida luna nueva sonreía con ojos brumosos sobre el mar, y mientras la orilla se desvanecía débilmente y nubes oscuras eran arrastradas como hojas a lo largo del lejano horizonte, una gran neblina de luz de luna bañó de repente el yate y extendió una avenida de malla resplandeciente en su rápido camino. De vez en cuando se producía el brillante destello de una cerilla cuando uno de ellos encendía un cigarrillo, pero excepto por el bajo murmullo de los motores palpitantes y el uniforme chapoteo de las olas en la popa, el yate estaba silencioso como un barco de ensueño rumbo a las estrellas a través de los cielos. A su alrededor flotaba el olor del mar nocturno, trayendo consigo una infinita languidez.

Carlyle rompió el silencio al fin.

—Chica afortunada —suspiró—. Siempre he querido ser rico... y comprar toda esta belleza.

Ardita bostezó.

—Preferiría ser usted —dijo con franqueza.

—Lo preferiría... durante un día, más o menos. Pero parece que tiene muchos nervios para ser una flapper .

—Ojalá no me llamara así.

—Le ruego me disculpe.

—En cuanto a los nervios —continuó lentamente—, es mi única cualidad redentora. No tengo miedo de nada en el cielo o en la tierra.

—Hm, yo sí.

—Para tener miedo —dijo Ardita—, una persona tiene que ser o muy grande y fuerte... o bien un cobarde. Yo no soy ninguna de las dos cosas. —Hizo una pausa por un momento, y el entusiasmo se deslizó en su tono—. Pero quiero hablar de usted. ¿Qué demonios ha hecho... y cómo lo hizo?

—¿Por qué? —demandó él cínicamente—. ¿Va a escribir una película sobre mí?

—Continúe —le instó—. Miéntame a la luz de la luna. Invéntese una historia fabulosa.

Apareció un negro, encendió una hilera de pequeñas luces bajo el toldo y empezó a poner la mesa de mimbre para la cena. Y mientras comían pollo frío en rodajas, ensalada, alcachofas y mermelada de fresa de la abundante despensa de abajo, Carlyle empezó a hablar, vacilante al principio, pero con entusiasmo al ver que ella estaba interesada. Ardita apenas tocó la comida mientras observaba su joven rostro moreno: apuesto, irónico, débilmente ineficaz.

Comenzó su vida como un niño pobre en un pueblo de Tennessee, dijo, tan pobre que su gente era la única familia blanca en su calle. Nunca recordaba a ningún niño blanco, pero inevitablemente había una docena de pickaninnies siguiéndole el rastro, admiradores apasionados a los que man-

tenía a remolque por la viveza de su imaginación y la cantidad de problemas en los que siempre los metía y de los que los sacaba. Y parecía que esta asociación desvió un don musical bastante inusual hacia un extraño cauce.

Había habido una mujer de color llamada Belle Pope Calhoun que tocaba el piano en fiestas para niños blancos; niños blancos simpáticos que habrían pasado junto a Curtis Carlyle con un resoplido. Pero el pequeño harapiento «blanco pobre» solía sentarse junto a su piano durante horas e intentar hacer un contralto con uno de esos kazoos con los que tararean los niños. Antes de cumplir los trece años, se ganaba la vida sonsacando ragtime a un violín maltrecho en pequeños cafés de los alrededores de Nashville. Ocho años después, la locura del ragtime golpeó el país, y llevó a seis negros al circuito Orpheum. Cinco de ellos eran chicos con los que había crecido; el otro era el pequeño mulato, Babe Divine, que era un wharf nigger por Nueva York, y mucho antes un peón de plantación en las Bermudas, hasta que le clavó un estilete de ocho pulgadas en la espalda a su amo. Casi antes de que Carlyle se diera cuenta de su buena fortuna, estaba en Broadway, con ofertas de contratos por todas partes, y más dinero del que jamás había soñado.

Fue por entonces cuando comenzó un cambio en toda su actitud, un cambio bastante curioso y amargo. Fue cuando se dio cuenta de que estaba pasando los años dorados de su vida haciendo el payaso en un escenario con un montón de hombres negros. Su número era bueno en su género —tres trombones, tres saxofones y la flauta de Carlyle— y era su peculiar sentido del ritmo lo que marcaba la diferencia; pero empezó a volverse extrañamente sensible al respecto, empezó a odiar la idea de actuar, lo temía día tras día.

Estaban ganando dinero —cada contrato que firmaba exigía más—, pero cuando iba a los gerentes y les decía que quería separarse de su sexteto y continuar como pianista normal, se reían de él y le decían que estaba loco, que sería un suicidio artístico. Solía reírse después de la frase «suicidio artístico». Todos la usaban.

Media docena de veces tocaron en bailes privados por tres mil dólares la noche, y parecía como si estos cristalizaran todo su desagrado por su modo de vida. Tenían lugar en clubes y casas en los que no podría haber entrado durante el día. Después de todo, simplemente interpretaba el papel del eter-

no mono, una especie de corista sublimado. Estaba harto del olor mismo del teatro, del polvo y el colorete y la charla de la sala de artistas, y la aprobación condescendiente de los palcos. Ya no podía poner el corazón en ello. La idea de un lento acercamiento al lujo del ocio lo volvía loco. Estaba, por supuesto, progresando hacia él, pero, como un niño, comiendo su helado tan despacio que no podía saborearlo en absoluto.

Quería tener mucho dinero y tiempo, y oportunidad para leer y tocar, y el tipo de hombres y mujeres a su alrededor que nunca podría tener, el tipo que, si pensaban en él en absoluto, lo habrían considerado bastante despreciable; en resumen, quería todas esas cosas que empezaba a agrupar bajo el epígrafe general de aristocracia, una aristocracia que parecía que casi cualquier dinero podía comprar, excepto el dinero ganado como él lo estaba ganando. Tenía veinticinco años entonces, sin familia ni educación ni ninguna promesa de que tendría éxito en una carrera empresarial. Empezó a especular alocadamente, y en tres semanas había perdido hasta el último céntimo que había ahorrado.

Entonces llegó la guerra. Fue a Plattsburg, e incluso allí su profesión lo siguió. Un general de brigada lo llamó al cuartel general y le dijo que podía servir mejor al país como director de banda, así que pasó la guerra entreteniéndolo a celebridades detrás del frente con una banda del cuartel general. No estuvo tan mal, excepto que cuando la infantería regresaba cojeando de las trincheras, él quería ser uno de ellos. El sudor y el barro que llevaban parecían solo uno de esos inefables símbolos de aristocracia que siempre se le escapaban.

—Fueron los bailes privados los que lo provocaron. Después de volver de la guerra, empezó la vieja rutina. Tuvimos una oferta de un consorcio de hoteles de Florida. Era solo cuestión de tiempo entonces.

Se interrumpió y Ardita lo miró expectante, pero él negó con la cabeza.

—No —dijo—, no voy a contárselo. Lo estoy disfrutando demasiado, y me temo que perdería un poco de ese disfrute si lo compartiera con alguien más. Quiero aferrarme a esos pocos momentos heroicos y sin aliento en los que me planté ante todos ellos y les hice saber que era más que un maldito payaso saltarín y graznante.

Desde proa llegó de repente el bajo sonido de un canto. Los negros se habían reunido en la cubierta y sus voces se elevaron juntas en una melodía inquietante que ascendía en conmovedoras armonías hacia la luna. Y Ardita escuchó encantada.

«Oh ven —
oh ven,
Mami quié llevarme vía láctea ver,
Oh ven —
oh ven,
Papi dice maña-a-a-ana
Pero mami dice hoy,
¡Sí — mami dice hoy!»

Carlyle suspiró y guardó silencio por un momento, mirando hacia la multitud de estrellas reunidas que parpadeaban como luces de arco en el cálido cielo. La canción de los negros se había apagado hasta convertirse en un tarareo lastimero y parecía como si minuto a minuto el brillo y el gran silencio aumentaran hasta que casi podía oír el aseo de medianoche de las sirenas mientras peinaban sus rizos plateados y goteantes bajo la luna y chismorreaban entre ellas sobre los hermosos naufragios en los que vivían en las verdes avenidas opalescentes de abajo.

— Ya ve — dijo Carlyle suavemente —, esta es la belleza que quiero. La belleza tiene que ser asombrosa, sorprendente... tiene que irrumpir en ti como un sueño, como los ojos exquisitos de una chica.

Se volvió hacia ella, pero ella estaba en silencio.

— ¿Lo ve, verdad, Anita... quiero decir, Ardita?

De nuevo no respondió. Llevaba un buen rato profundamente dormida.

CAPÍTULO 4

En el denso mediodía inundado de sol del día siguiente, una mancha en el mar ante ellos se resolvió casualmente en un islote verde y gris, aparentemente compuesto por un gran acantilado de granito en su extremo norte que descendía hacia el sur a través de una milla de vívida espesura y hierba hasta una playa arenosa que se fundía perezosamente con las olas. Cuando Ardita, leyendo en su asiento favorito, llegó a la última página de *La rebelión de los ángeles*, y cerrando el libro de golpe levantó la vista y lo vio, dio un pequeño grito de deleite y llamó a Carlyle, que estaba de pie, melancólico, junto a la barandilla.

—¿Es aquí? ¿Es aquí adonde se dirigía?

Carlyle se encogió de hombros con despreocupación.

—Ni idea. —Alzó la voz y llamó al capitán interino—: ¡Oh, Babe! ¿Es esta tu isla?

La cabeza en miniatura del mulato apareció por la esquina de la caseta de cubierta.

—¡Sí, señó! Esta mismita es.

Carlyle se reunió con Ardita.

—Tiene un aire aventurero, ¿verdad?

—Sí —convino ella—; pero no parece lo bastante grande como para ser un buen escondite.

—¿Sigue poniendo su fe en esos radio-mensajes que su tío iba a hacer zigzaguear por ahí?

—No —dijo Ardita con franqueza—. Estoy totalmente a su favor. Realmente me gustaría verle escapar.

Él se rio.

—Es usted nuestra Dama de la Suerte. Supongo que tendremos que mantenerla con nosotros como mascota... por el momento, de todos modos.

—No podría muy bien pedirme que volviera nadando —dijo ella fríamente—. Si lo hace, voy a empezar a escribir noveluchas de a duro basadas en esa interminable historia de su vida que me contó anoche.

Él se sonrojó y se puso ligeramente rígido.

—Siento mucho haberla aburrido.

—Oh, no lo hizo... hasta justo el final con esa historia sobre lo furioso que estaba porque no podía bailar con las damas para las que tocaba música.

Él se levantó enfadado.

—Tiene usted una lengua muy malditamente viperina.

—Discúlpeme —dijo ella, deshaciéndose en risas—, pero no estoy acostumbrada a que los hombres me regalen con la historia de las ambiciones de su vida... especialmente si han vivido vidas tan mortalmente platónicas.

—¿Por qué? ¿Con qué suelen regalarla los hombres?

—Oh, hablan de mí —bostezó—. Me dicen que soy el espíritu de la juventud y la belleza.

—¿Qué les dice usted?

—Oh, asiento en silencio.

—¿Todos los hombres que conoce le dicen que la aman?

Ardita asintió.

—¿Por qué no deberían? Toda la vida es solo una progresión hacia, y luego una recesión desde, una frase: «Te amo».

Carlyle se rio y se sentó.

—Eso es muy cierto. Eso... eso no está mal. ¿Se le ocurrió a usted?

—Sí... o más bien lo descubrí. No significa nada en especial. Es solo ingenioso.

—Es el tipo de comentario —dijo él gravemente— que es típico de su clase.

—Oh —interrumpió ella con impaciencia—, ¡no empiece otra vez con esa conferencia sobre la aristocracia! Desconfío de la gente que puede ser intensa a esta hora de la mañana. Es una forma leve de locura... una especie de resaca de cereales de desayuno. La mañana es el momento de dormir, nadar y ser despreocupado.

Diez minutos después habían virado en un amplio círculo como para acercarse a la isla desde el norte.

—Hay algún truco en alguna parte —comentó Ardita pensativamente—. No puede pretender simplemente anclar junto a este acantilado.

Ahora se dirigían directamente hacia la roca sólida, que debía tener más de cien pies de altura, y no fue hasta que estuvieron a cincuenta yardas de ella que Ardita vio su objetivo. Entonces dio una palmada de deleite. Había una brecha en el acantilado completamente oculta por una curiosa superposición de roca, y a través de esta brecha entró el yate y atravesó muy lentamente un estrecho canal de agua cristalina entre altas paredes grises. Luego estaban anclados en un mundo en miniatura de verde y oro, una bahía dorada lisa como el cristal y rodeada de pequeñas palmeras, todo ello parecido a los lagos de espejo y los árboles de ramitas que los niños montan en montones de arena.

—¡No está nada mal! —gritó Carlyle excitado.

—Supongo que ese negrito conoce bien este rincón del Atlántico.

Su exuberancia era contagiosa, y Ardita se puso bastante jubilosa.

—¡Es un escondite absolutamente infalible!

—¡Señor, sí! Es el tipo de isla sobre la que se lee.

Bajaron el bote de remos al lago dorado y remarón hasta la orilla.

—Vamos —dijo Carlyle mientras desembarcaban en la arena fangosa—, iremos a explorar.

La franja de palmeras estaba a su vez rodeada por una milla redonda de terreno llano y arenoso. Lo siguieron hacia el sur y, atravesando un borde más lejano de vegetación tropical, salieron a una playa virgen de color gris

perla donde Ardita se quitó de una patada sus zapatos de golf marrones — parecía haber abandonado permanentemente las medias — y se metió a vadear. Luego volvieron tranquilamente al yate, donde el infatigable Babe les tenía preparado el almuerzo. Había apostado un vigía en el alto acantilado del norte para vigilar el mar a ambos lados, aunque dudaba que la entrada al acantilado fuera generalmente conocida; nunca había visto un mapa en el que estuviera marcada la isla.

—¿Cómo se llama —preguntó Ardita—, la isla, quiero decir?

—Ningún nombre —rio Babe—. Supongo qu'es solo isla, es'to.

A última hora de la tarde se sentaron con las espaldas apoyadas en grandes rocas en la parte más alta del acantilado y Carlyle le esbozó sus vagos planes. Estaba seguro de que para entonces les pisaban los talones. El producto total del golpe que había dado, y sobre el cual todavía se negaba a ilustrarla, lo estimaba en poco menos de un millón de dólares. Contaba con esconderse aquí varias semanas y luego partir hacia el sur, manteniéndose bien fuera de las rutas de viaje habituales, doblando el Cabo de Hornos y dirigiéndose a Callao, en Perú. Los detalles del abastecimiento de carbón y provisiones los dejaba enteramente a Babe quien, al parecer, había navegado estos mares en todas las capacidades, desde grumete a bordo de un mercante de café hasta virtual primer oficial en una embarcación pirata brasileña, cuyo capitán había sido ahorcado hacía mucho tiempo.

—Si hubiera sido blanco, habría sido rey de Sudamérica hace mucho tiempo —dijo Carlyle enfáticamente—. En lo que respecta a la inteligencia, hace que Booker T. Washington parezca un imbécil. Tiene la astucia de cada raza y nacionalidad cuya sangre corre por sus venas, y son media docena o soy un mentiroso. Me adora porque soy el único hombre en el mundo que puede tocar mejor ragtime que él. Solíamos sentarnos juntos en los muelles del puerto de Nueva York, él con un fagot y yo con un oboe, y mezclábamos tonalidades menores en armonías africanas de mil años de antigüedad hasta que las ratas trepaban por los postes y se sentaban alrededor gimiendo y chillando como hacen los perros frente a un fonógrafo.

Ardita rugió de risa.

—¡Cómo las cuenta usted!

Carlyle sonrió.

—Juro que es la pura ver...

—¿Qué va a hacer cuando llegue a Callao? —interrumpió ella.

—Tomar un barco para la India. Quiero ser un rajá. Lo digo en serio. Mi idea es ir a algún lugar de Afganistán, comprar un palacio y una reputación, y luego, después de unos cinco años, aparecer en Inglaterra con acento extranjero y un pasado misterioso. Pero primero la India. ¿Sabe?, dicen que todo el oro del mundo regresa muy gradualmente a la India. Hay algo fascinante en eso para mí. Y quiero tiempo libre para leer... una cantidad inmensa.

—¿Y después de eso?

—Entonces —respondió desafiante—, viene la aristocracia. Ríase si quiere... pero al menos tendrá que admitir que sé lo que quiero... lo cual imagino que es más de lo que sabe usted.

—Al contrario —contradijo Arditá, buscando en el bolsillo su pitillera—, cuando le conocí estaba en medio de un gran alboroto de todos mis amigos y parientes porque sí sabía lo que quería.

—¿Qué era?

—Un hombre.

Él se sobresaltó.

—¿Quiere decir que estaba comprometida?

—A mi manera. Si usted no hubiera subido a bordo, tenía toda la intención de escaparme a tierra ayer por la noche —¿cuánto tiempo parece que ha pasado?— y encontrarme con él en Palm Beach. Me está esperando allí con un brazalete que una vez perteneció a Catalina de Rusia. Ahora no murmure nada sobre la aristocracia —añadió rápidamente—. Me gustaba simplemente porque tenía imaginación y el coraje absoluto de sus convicciones.

—Pero su familia lo desaprobaba, ¿eh?

—Lo que hay de ella... solo un tío tonto y una tía más tonta aún. Parece que se metió en algún escándalo con una mujer pelirroja llamada Mimi o algo así —fue terriblemente exagerado, dijo él, y los hombres no me mienten— y de todos modos no me importaba lo que hubiera hecho; era el fu-

turo lo que contaba. Y yo me encargaría de eso. Cuando un hombre está enamorado de mí, no le importan otras diversiones. Le dije que la dejara como a una patata caliente, y lo hizo.

—Me siento bastante celoso —dijo Carlyle, frunciendo el ceño... y luego se rio—. Supongo que la mantendré con nosotros hasta que lleguemos a Callao. Entonces le prestaré suficiente dinero para volver a los Estados Unidos. Para entonces habrá tenido la oportunidad de pensar un poco más en ese caballero.

—¡No me hable así! —saltó Ardita—. ¡No toleraré la actitud paternal de nadie! ¿Me entiende?

Él rio entre dientes y luego se detuvo, bastante avergonzado, mientras la fría ira de ella parecía envolverlo y helarlo.

—Lo siento —ofreció con incertidumbre.

—¡Oh, no se disculpe! No soporto a los hombres que dicen «Lo siento» en ese tono viril y reservado. ¡Simplemente cálese!

Siguió una pausa, una pausa que Carlyle encontró bastante incómoda, pero que Ardita pareció no notar en absoluto mientras se sentaba contenta disfrutando de su cigarrillo y contemplando el mar resplandeciente. Después de un minuto, gateó sobre la roca y se tumbó con la cara sobre el borde, mirando hacia abajo. Carlyle, observándola, reflexionó sobre cómo parecía imposible para ella adoptar una postura poco elegante.

—Oh, mira —gritó—. Hay un montón de salientes ahí abajo. Anchos y de diferentes alturas.

—¡Iremos a nadar esta noche! —dijo emocionada—. A la luz de la luna.

—¿No preferiría entrar por la playa del otro extremo?

—Ni hablar. Me gusta bucear. Puede usar el traje de baño de mi tío, solo que le quedará como un saco de arpilleras, porque es un hombre muy fofo. Yo tengo uno de una pieza que ha escandalizado a los nativos a lo largo de toda la costa atlántica, desde Biddeford Pool hasta St. Augustine.

—Supongo que es usted un tiburón.

—Sí, soy bastante buena. Y también soy mona. Un escultor en Rye el verano pasado me dijo que mis pantorrillas valían quinientos dólares.

No parecía haber respuesta para esto, así que Carlyle guardó silencio, permitiéndose solo una discreta sonrisa interior.

CAPÍTULO 5

Cuando la noche descendió en sombrío azul y plata, navegaron por el canal resplandeciente en el bote de remos y, atándolo a una roca saliente, empezaron a escalar juntos el acantilado. El primer saliente estaba a diez pies de altura, era ancho y ofrecía una plataforma natural para saltar. Allí se sentaron bajo la brillante luz de la luna y observaron el débil e incesante oleaje de las aguas, casi quietas ahora que la marea bajaba hacia el mar.

—¿Es usted feliz? —preguntó él de repente.

Ella asintió.

—Siempre feliz cerca del mar. Sabe —continuó—, he estado pensando todo el día que usted y yo nos parecemos en algo. Ambos somos rebeldes... solo que por razones diferentes. Hace dos años, cuando yo tenía solo dieciocho y usted tenía...

—Veinticinco.

—...bueno, ambos éramos éxitos convencionales. Yo era una debutante absolutamente devastadora y usted era un músico próspero recién comisionado en el ejército...

—Caballero por decreto del Congreso —interpuso él irónicamente.

—Bueno, en cualquier caso, ambos encajábamos. Si nuestras esquinas no estaban pulidas, al menos estaban recogidas. Pero en lo profundo de ambos había algo que nos hacía requerir más para la felicidad. Yo no sabía lo que quería. Iba de hombre en hombre, inquieta, impaciente, cada mes menos condescendiente y más insatisfecha. Solía sentarme a veces mordiéndome

el interior de la boca y pensando que me estaba volviendo loca... tenía una espantosa sensación de transitoriedad. ¡Quería las cosas ahora... ahora... ahora! Aquí estaba yo... hermosa... lo soy, ¿verdad?

—Sí —asintió Carlyle tentativamente.

Ardita se levantó de repente.

—Espere un segundo. Quiero probar este mar de aspecto delicioso.

Caminó hasta el extremo del saliente y se lanzó sobre el mar, encogiéndose en el aire y luego estirándose y entrando en el agua recta como una hoja en un perfecto salto de ángel carpado.

En un minuto, su voz flotó hasta él.

—Verá, solía leer todo el día y la mayor parte de la noche. Empecé a resentir la sociedad...

—Suba aquí —interrumpió él—. ¿Qué demonios está haciendo?

—Simplemente flotando de espaldas. Subiré en un minuto. Déjeme contarle. Lo único que disfrutaba era escandalizar a la gente; llevar algo bastante imposible y bastante encantador a una fiesta de disfraces, salir con los hombres más disolutos de Nueva York y meterme en algunos de los líos más infernales imaginables.

Los sonidos de chapoteos se mezclaron con sus palabras, y luego él oyó su respiración agitada mientras empezaba a trepar por el costado hasta el saliente.

—¡Adelante, entre! —gritó ella.

Obedientemente, él se levantó y se zambulló. Cuando emergió, chorreando, e hizo la escalada, descubrió que ella ya no estaba en el saliente, pero tras un segundo de miedo oyó su ligera risa desde otro saliente diez pies más arriba. Allí se reunió con ella y ambos se sentaron en silencio por un momento, con los brazos rodeando sus rodillas, jadeando un poco por la escalada.

—La familia estaba furiosa —dijo ella de repente—. Intentaron casarme. Y entonces, cuando había empezado a sentir que, después de todo, la vida apenas valía la pena, encontré algo —sus ojos se elevaron al cielo exultantes— ¡encontré algo!

Carlyle esperó y sus palabras llegaron como un torrente.

—Coraje... solo eso; coraje como regla de vida, y algo a lo que aferrarse siempre. Empecé a construir esta enorme fe en mí misma. Empecé a ver que en todos mis ídolos del pasado, alguna manifestación de coraje había sido inconscientemente lo que me atraía. Empecé a separar el coraje de las otras cosas de la vida. Todo tipo de coraje: el boxeador golpeado y ensangrentado levantándose a por más —solía hacer que los hombres me llevaran a combates de boxeo—; la mujer desclasada navegando a través de un nido de víboras y mirándolas como si fueran barro bajo sus pies; el que te guste lo que te gusta siempre; el desprecio absoluto por las opiniones de los demás... simplemente vivir como siempre me gustó y morir a mi manera... ¿Trajo los cigarrillos?

Él le entregó uno y sostuvo suavemente una cerilla para ella.

—Aun así —continuó Ardita—, los hombres seguían reuniéndose... hombres viejos y jóvenes, inferiores mentales y físicos a mí, la mayoría de ellos, pero todos deseando intensamente tenerme... poseer esta tradición bastante magnífica y orgullosa que había construido a mi alrededor. ¿Lo ve?

—Más o menos. Nunca fue derrotada y nunca se disculpó.

—¡Nunca!

Saltó hasta el borde, se mantuvo en equilibrio por un momento como una figura crucificada contra el cielo; luego, describiendo una oscura parábola, se zambulló sin salpicar entre dos ondas plateadas veinte pies más abajo.

Su voz flotó hasta él de nuevo.

—Y coraje para mí significaba arar a través de esa aburrida niebla gris que desciende sobre la vida... no solo superar a las personas y las circunstancias, sino superar la desolación de vivir. Una especie de insistencia en el valor de la vida y el mérito de las cosas pasajeras.

Ahora estaba subiendo, y con sus últimas palabras, su cabeza, con el húmedo cabello amarillo peinado simétricamente hacia atrás, apareció a su nivel.

—Todo muy bien —objetó Carlyle—. Puede llamarlo coraje, pero su coraje está realmente construido, después de todo, sobre un orgullo de cuna.

Fue criada para esa actitud desafiante. En mis días grises, incluso el coraje es una de las cosas grises y sin vida.

Ella estaba sentada cerca del borde, abrazando sus rodillas y contemplando abstraídamente la luna blanca; él estaba más atrás, encajado como un dios grotesco en un nicho de la roca.

—No quiero sonar como Pollyanna —empezó ella—, pero aún no me ha captado. Mi coraje es fe... fe en mi eterna resiliencia... en que la alegría volverá, y la esperanza y la espontaneidad. Y siento que hasta que lo haga, tengo que mantener los labios cerrados y la barbilla alta, y los ojos bien abiertos... no necesariamente con una sonrisa tonta. Oh, he pasado por el infierno sin una queja bastante a menudo... y el infierno femenino es más letal que el masculino.

—Pero suponiendo —sugirió Carlyle—, que antes de que la alegría y la esperanza y todo eso volvieran, ¿se corriera el telón para usted para siempre?

Ardita se levantó y, yendo hacia la pared, escaló con cierta dificultad hasta el siguiente saliente, otros diez o quince pies más arriba.

—¿Por qué? —respondió ella desde arriba— ¡Entonces habría ganado!
Él se asomó hasta que pudo verla.

—¡Mejor no salte desde ahí! Se romperá la espalda —dijo rápidamente.

Ella se rio.

—¡Yo no!

Lentamente extendió los brazos y se quedó allí como un cisne, irradiando un orgullo en su joven perfección que encendió un cálido resplandor en el corazón de Carlyle.

—Vamos a atravesar el aire negro con los brazos abiertos y los pies rectos detrás como la cola de un delfín, y vamos a pensar que nunca golpearemos la plata allá abajo hasta que de repente todo esté cálido a nuestro alrededor y lleno de pequeñas olas besuconas y acariciadoras.

Entonces ella estaba en el aire, y Carlyle contuvo involuntariamente la respiración. No se había dado cuenta de que el salto era de casi cuarenta

pies. Pareció una eternidad antes de oír el rápido y compacto sonido cuando alcanzó el mar.

Y fue con su alegre suspiro de alivio, cuando la ligera risa acuosa de ella ascendió serpenteando por la ladera del acantilado hasta sus ansiosos oídos, que él supo que la amaba.

CAPÍTULO 6

El tiempo, sin intereses personales, derramó sobre ellos tres días de tardes. Cuando el sol despejaba el ojo de buey de la cabina de Ardita una hora después del amanecer, ella se levantaba alegremente, se ponía su traje de baño y subía a cubierta. Los negros dejaban su trabajo cuando la veían y se apiñaban, riendo entre dientes y parloteando, en la barandilla mientras ella flotaba, un ágil pececillo, sobre y bajo la superficie del agua clara. De nuevo, al fresco de la tarde, nadaba... y holgazaneaba y fumaba con Carlyle en el acantilado; o bien se tumbaban de costado en las arenas de la playa sur, hablando poco, pero observando el día desvanecerse colorida y trágicamente en la infinita languidez de un atardecer tropical.

Y con las largas y soleadas horas, la idea de Ardita del episodio como algo incidental, alocado, una ramita de romance en un desierto de realidad, la abandonó gradualmente. Temía el momento en que él partiera hacia el sur; temía todas las eventualidades que se le presentaban; los pensamientos se volvieron repentinamente problemáticos y las decisiones odiosas. Si las oraciones hubieran encontrado lugar en los rituales paganos de su alma, habría pedido a la vida solo que no la molestaran por un tiempo, perezosamente aquiescente al flujo fácil y naïf de las ideas de Carlyle, su vívida imaginación infantil y la vena de monomanía que parecía atravesar su temperamento y coloreaba cada una de sus acciones.

Pero esta no es una historia de dos en una isla, ni se ocupa principalmente del amor nacido del aislamiento. Es simplemente la presentación de dos personalidades, y su idílico escenario entre las palmeras de la Corriente del Golfo es bastante incidental. La mayoría de nosotros nos contentamos con existir y procrear y luchar por el derecho a hacer ambas cosas, y la idea dominante, el testimonio predestinado de controlar el propio destino, está reservado a los pocos afortunados o desafortunados. Para mí, lo interesante de Ardita es el coraje que se empañará con su belleza y juventud.

—Llévame contigo —dijo ella tarde una noche mientras se sentaban perezosamente en la hierba bajo las sombrías y extensas palmeras. Los negros habían llevado a tierra sus instrumentos musicales, y el sonido de un extraño ragtime llegaba suavemente en el cálido aliento de la noche—. Me encantaría reaparecer en diez años, como una dama india de alta casta fabulosamente rica —continuó.

Carlyle la miró rápidamente.

—Puede hacerlo, sabe.

Ella se rio.

—¿Es una propuesta de matrimonio? ¡Extra! Ardita Farnam se convierte en la novia del pirata. Chica de sociedad secuestrada por ladrón de bancos ragtime .

—No fue un banco.

—¿Qué fue? ¿Por qué no me lo dices?

—No quiero romper tus ilusiones.

—Mi querido amigo, no tengo ilusiones sobre ti.

—Me refiero a tus ilusiones sobre ti misma.

Ella levantó la vista sorprendida.

—¡Sobre mí misma! ¿Qué demonios tengo yo que ver con cualquier fechoría que hayas cometido?

—Eso está por verse.

Ella extendió la mano y le dio una palmadita en la suya.

—Querido Sr. Curtis Carlyle —dijo suavemente—, ¿estás enamorado de mí?

—Como si importara.

—Pero importa... porque creo que estoy enamorada de ti.

Él la miró irónicamente.

—Engrosando así tu total de enero a media docena —sugirió.

—¿Supón que acepto tu farol y te pido que vengas a la India conmigo?

—¿Debo?

Él se encogió de hombros.

—Podemos casarnos en Callao.

—¿Qué tipo de vida puedes ofrecerme? No lo digo con crueldad, sino en serio; ¿qué sería de mí si la gente que quiere esa recompensa de veinte mil dólares alguna vez te atrapa?

—Pensé que no tenías miedo.

—Nunca lo tengo... pero no tiraré mi vida solo para demostrarle a un hombre que no lo tengo.

—Ojalá hubieras sido pobre. Solo una pobre niña soñando sobre una valla en una cálida región ganadera.

—¿No habría sido agradable?

—Habría disfrutado asombrándote... viendo tus ojos abrirse a las cosas. ¡Si tan solo quisieras cosas! ¿No lo ves?

—Lo sé... como las chicas que miran fijamente los escaparates de las joyerías.

—Sí... y quieren el gran reloj oblongo que es de platino y tiene diamantes alrededor del borde. Solo que tú decidirías que es demasiado caro y elegirías uno de oro blanco por cien dólares. Entonces yo diría: «¿Caro? ¡Diría que no!». Y entraríamos en la tienda y muy pronto el de platino estaría brillando en tu muñeca.

—Eso suena tan agradable y vulgar... y divertido, ¿verdad? —murmuró Ardita.

—¿Verdad que sí? ¿No puedes vernos viajando por ahí y gastando dinero a diestro y siniestro, y siendo adorados por botones y camareros? ¡Oh, bienaventurados los ricos sencillos, porque ellos heredarán la tierra!

—Sinceramente, ojalá fuéramos así.

—Te amo, Ardita —dijo él suavemente.

Su rostro perdió su aspecto infantil por un momento y se volvió extrañamente grave.

—Me encanta estar contigo —dijo—, más que con cualquier hombre que haya conocido. Y me gusta tu aspecto y tu viejo pelo oscuro, y la forma en que saltas por encima de la barandilla cuando desembarcamos. De hecho, Curtis Carlyle, me gustan todas las cosas que haces cuando eres perfectamente natural. Creo que tienes agallas y ya sabes lo que siento por eso. A veces, cuando estás cerca, he estado tentada de besarte de repente y decirte que solo eras un chico idealista con un montón de tonterías de casta en la cabeza. Quizás si fuera un poquito mayor y estuviera un poquito más aburrida iría contigo. Tal como están las cosas, creo que volveré y me casaré... con ese otro hombre.

Al otro lado del lago plateado, las figuras de los negros se retorcían y se contorsionaban a la luz de la luna como acróbatas que, habiendo estado demasiado tiempo inactivos, deben realizar sus piruetas por pura energía sobrante. En fila india marchaban, tejiendo círculos concéntricos, ahora con la cabeza echada hacia atrás, ahora inclinados sobre sus instrumentos como faunos flautistas. Y del trombón y el saxofón gemía incesantemente una melodía mezclada, a veces bulliciosa y jubilosa, a veces inquietante y lastimera como una danza de la muerte del corazón del Congo.

—Bailemos —gritó Ardita—. No puedo quedarme quieta con ese jazz perfecto sonando.

Tomándola de la mano, la condujo a una amplia extensión de suelo arenoso y duro que la luna inundaba con gran esplendor. Flotaron como polillas a la deriva bajo la rica luz neblinosa, y mientras la fantástica sinfonía lloraba y se regocijaba y vacilaba y desesperaba, el último sentido de la realidad de Ardita se desvaneció, y abandonó su imaginación a los soñadores aromas veraniegos de las flores tropicales y los infinitos espacios estrellados

sobre sus cabezas, sintiendo que si abría los ojos sería para encontrarse bailando con un fantasma en una tierra creada por su propia fantasía.

—Esto es lo que yo llamaría un baile privado exclusivo —susurró él.

—Me siento bastante loca... ¡pero deliciosamente loca!

—Estamos encantados. Las sombras de innumerables generaciones de caníbales nos observan desde lo alto del acantilado.

—Y apuesto a que las mujeres caníbales dicen que bailamos demasiado pegados, y que fue inmodesto por mi parte venir sin mi aro en la nariz.

Ambos rieron suavemente... y luego su risa se apagó cuando, al otro lado del lago, oyeron detenerse los trombones en medio de un compás, y los saxofones emitir un gemido sobresaltado y desvanecerse.

—¿Qué pasa? —gritó Carlyle.

Tras un momento de silencio, distinguieron la oscura figura de un hombre rodeando el lago plateado a la carrera. A medida que se acercaba, vieron que era Babe en un estado de inusual excitación. Se detuvo ante ellos y soltó sus noticias de una vez.

—Barco paráo frente a costa como a media milla, señó. Mose, él 'taba guardia, dice que paece que ha echáo ancla.

—¿Un barco... qué tipo de barco? —demandó Carlyle ansiosamente.

Había consternación en su voz, y el corazón de Ardita dio un tirón repentino al ver cómo todo su rostro se abatía de repente.

—Dice que no sabe, señó.

—¿Están bajando un bote?

—No, señó.

—Subiremos —dijo Carlyle.

Ascendieron la colina en silencio, la mano de Ardita todavía descansando en la de Carlyle como cuando terminaron de bailar. Ella sintió que se apretaba nerviosamente de vez en cuando como si él no fuera consciente del contacto, pero aunque le hacía daño, no intentó quitarla. Pareció una hora de escalada antes de que alcanzaran la cima y se arrastraran cautelosamente a través de la meseta silueteada hasta el borde del acantilado. Tras una

breve mirada, Carlyle lanzó involuntariamente un pequeño grito. Era un barco guardacostas con cañones de seis pulgadas montados a proa y popa.

— ¡Lo saben! — dijo con una breve inspiración—. ¡Lo saben! Han encontrado el rastro en alguna parte.

— ¿Está seguro de que conocen el canal? Puede que solo estén esperando para echar un vistazo a la isla por la mañana. Desde donde están no podrían ver la abertura en el acantilado.

— Podrían con prismáticos — dijo desesperanzado. Miró su reloj de pulsera—. Son casi las dos ahora. No harán nada hasta el amanecer, eso es seguro. Por supuesto, siempre existe la remota posibilidad de que estén esperando a que se una otro barco; o a un carbonero.

— Supongo que podemos quedarnos aquí mismo.

Pasó la hora y permanecieron allí tumbados uno al lado del otro, muy silenciosos, con la barbilla en las manos como niños soñando. Detrás de ellos se acuclillaban los negros, pacientes, resignados, aquiescentes, anunciando de vez en cuando con sonoros ronquidos que ni siquiera la presencia del peligro podía someter su inconquistable ansia africana de dormir.

Justo antes de las cinco, Babe se acercó a Carlyle. Había media docena de rifles a bordo del *Narcissus*, dijo. ¿Se había decidido no ofrecer resistencia? Se podría librar una buena pelea, pensó, si elaboraban algún plan.

Carlyle rio y negó con la cabeza.

— Eso no es un ejército de spics ahí fuera, Babe. Es un barco guardacostas. Sería como intentar luchar contra una ametralladora con arco y flecha. Si quieres enterrar esos sacos en alguna parte y arriesgarte a recuperarlos más tarde, adelante. Pero no funcionará... excavarían esta isla de un extremo a otro. Es una batalla perdida por todos lados, Babe.

Babe inclinó la cabeza en silencio y se alejó, y la voz de Carlyle era ronca cuando se volvió hacia Ardita.

— Ahí tienes al mejor amigo que he tenido nunca. Moriría por mí, y estaría orgulloso de hacerlo, si se lo permitiera.

— ¿Te has rendido?

—No tengo elección. Por supuesto, siempre hay una salida... la salida segura... pero eso puede esperar. No me perdería mi juicio por nada... será un experimento interesante en notoriedad. «La señorita Farnam testimonia que la actitud del pirata hacia ella fue en todo momento la de un caballero».

—¡No! —dijo ella—. Lo siento muchísimo.

Cuando el color se desvaneció del cielo y el azul deslucido se convirtió en gris plomizo, se hizo visible una conmoción en la cubierta del barco, y distinguieron un grupo de oficiales vestidos de lona blanca, reunidos cerca de la barandilla. Tenían prismáticos en las manos y examinaban atentamente el islote.

—Se acabó todo —dijo Carlyle sombríamente.

—¡Maldita sea! —susurró Ardita. Sintió que las lágrimas se acumulaban en sus ojos.

—Volveremos al yate —dijo—. Prefiero eso a que me cacen aquí arriba como a una zarigüeya.

Abandonando la meseta descendieron la colina y, llegando al lago, fueron remados hasta el yate por los silenciosos negros. Luego, pálidos y cansados, se hundieron en los sofás y esperaron.

Media hora después, en la tenue luz gris, la proa del barco guardacostas apareció en el canal y se detuvo, evidentemente temiendo que la bahía pudiera ser demasiado poco profunda. Por el aspecto pacífico del yate, el hombre y la chica en los sofás, y los negros holgazaneando curiosamente contra la barandilla, evidentemente juzgaron que no habría resistencia, pues dos botes fueron bajados casualmente por el costado, uno conteniendo un oficial y seis marineros, y el otro, cuatro remeros y en la popa dos hombres canosos en trajes de franela de yate. Ardita y Carlyle se pusieron de pie, y medio inconscientemente empezaron a acercarse el uno al otro. Entonces él se detuvo y, metiendo la mano de repente en el bolsillo, sacó un objeto redondo y brillante y se lo tendió a ella.

—¿Qué es? —preguntó ella asombrada.

—No estoy seguro, but creo, por la inscripción rusa en el interior, que es tu brazalete prometido.

—¿Dónde... dónde demonios...?

—Salió de uno de esos sacos. Verás, Curtis Carlyle y sus Seis Colegas Negros, en medio de su actuación en el salón de té del hotel en Palm Beach, cambiaron de repente sus instrumentos por automáticas y atracaron a la multitud. Le quité este brazalete a una mujer bonita, excesivamente maquillada y pelirroja.

Ardita frunció el ceño y luego sonrió.

—¡Así que eso es lo que hiciste! ¡Tienes agallas!

Él hizo una reverencia.

—Una cualidad burguesa bien conocida —dijo.

Y entonces el amanecer se inclinó dinámicamente sobre la cubierta y arrojó las sombras tambaleantes a los rincones grises. El rocío se elevó y se convirtió en niebla dorada, fina como un sueño, envolviéndolos hasta que parecieron reliquias de gasa de la noche pasada, infinitamente fugaces y ya desvaneciéndose. Por un momento, mar y cielo contuvieron la respiración, y el amanecer sostuvo una mano rosada sobre la joven boca de la vida... entonces, desde el lago, llegó la queja de un bote de remos y el susurro de los remos.

De repente, contra el horno dorado bajo en el este, sus dos gráciles figuras se fundieron en una, y él estaba besando su mimada boca joven.

—Es una especie de gloria —murmuró él después de un segundo.

Ella le sonrió.

—¿Feliz, eh?

Su suspiro fue una bendición... una certeza extática de que era juventud y belleza ahora tanto como jamás conocería. Por otro instante la vida fue radiante y el tiempo un fantasma y su fuerza eterna... entonces hubo un sonido de golpes y raspaduras cuando el bote de remos rozó el costado.

Por la escala treparon los dos hombres canosos, el oficial y dos de los marineros con las manos en sus revólveres. El Sr. Farnam se cruzó de brazos y se quedó mirando a su sobrina.

—Así que —dijo, asintiendo lentamente con la cabeza.

Con un suspiro, los brazos de ella se desenrollaron del cuello de Carlyle, y sus ojos, transfigurados y lejanos, cayeron sobre la partida de abordaje. Su tío vio cómo su labio superior se hinchaba lentamente en ese puchero arrogante que tan bien conocía.

— Así que — repitió salvajemente —. Así que esta es tu idea de... de romance. Una aventura fugitiva, con un pirata de alta mar.

Ardita le lanzó una mirada descuidada.

— ¡Qué viejo tonto eres! — dijo tranquilamente.

— ¿Es eso lo mejor que puedes decir en tu defensa?

— No — dijo como si considerara —. No, hay algo más. Está esa frase bien conocida con la que he terminado la mayoría de nuestras conversaciones durante los últimos años: «¡Cállate!».

Y con eso se dio la vuelta, incluyó a los dos ancianos, al oficial y a los dos marineros en una seca mirada de desprecio, y bajó orgullosamente por la escala de cámara.

Pero si hubiera esperado un instante más habría oído un sonido de su tío bastante desconocido en la mayoría de sus entrevistas. Dejó escapar una risa divertida y sincera, a la que se unió el segundo anciano.

Este último se volvió enérgicamente hacia Carlyle, que había estado contemplando esta escena con un aire de diversión críptica.

— Bueno, Toby — dijo cordialmente —, incurable, alocado, romántico cazador de arcoíris, ¿descubriste que era la persona que querías?

Carlyle sonrió confiadamente.

— ¿Por qué...? Naturalmente — dijo —. He estado perfectamente seguro desde que oí hablar por primera vez de su salvaje carrera. Por eso hice que Babe lanzara el cohete anoche.

— Me alegro de que lo hicieras — dijo el coronel Moreland gravemente —. Nos hemos mantenido bastante cerca de ti en caso de que tuvieras problemas con esos seis extraños negros. Y esperábamos encontraros a los dos en alguna posición comprometedoras como esta — suspiró —. Bueno, ¡se necesita un excéntrico para atrapar a otro excéntrico!

—Tu padre y yo nos quedamos despiertos toda la noche esperando lo mejor... o quizás sea lo peor. Dios sabe que eres bienvenido a llevártela, muchacho. Me ha vuelto loco. ¿Le diste el brazalete ruso que mi detective le quitó a esa mujer Mimi?

Carlyle asintió.

—¡Sh! —dijo—. Sube a cubierta.

Ardita apareció en lo alto de la escala de cámara y lanzó una rápida mirada involuntaria a las muñecas de Carlyle. Una expresión de perplejidad cruzó su rostro. Hacia popa, los negros habían empezado a cantar, y el fresco lago, lozano con el amanecer, resonaba serenamente con sus bajas voces.

—Ardita —dijo Carlyle con voz temblorosa.

Ella se tambaleó un paso hacia él.

—Ardita —repitió sin aliento—, tengo que decirte la... la verdad. Todo fue una trampa, Ardita. Mi nombre no es Carlyle. Es Moreland, Toby Moreland. La historia fue inventada, Ardita, inventada de la nada en el aire de Florida.

Ella lo miró fijamente, desconcertada, asombro, incredulidad e ira fluyendo en rápidas oleadas por su rostro. Los tres hombres contuvieron la respiración. Moreland, Senior, dio un paso hacia ella; la boca del Sr. Farnam se abrió un poco mientras esperaba, presa del pánico, el esperado estallido.

Pero no llegó. El rostro de Ardita se volvió repentinamente radiante, y con una pequeña risa fue rápidamente hacia el joven Moreland y lo miró sin rastro de ira en sus ojos grises. —¿Jurarás —dijo tranquilamente— que fue enteramente producto de tu propio cerebro?

—Lo juro —dijo el joven Moreland ansiosamente.

Ella bajó la cabeza de él y lo besó suavemente.

—¡Qué imaginación! —dijo suavemente y casi con envidia—. Quiero que me mientas tan dulcemente como sepas durante el resto de mi vida.

Las voces de los negros flotaron adormiladas de vuelta, mezcladas en un aire que les había oído cantar antes.

«El tiempo es ladrón;

Alegría y dolor

Se aferran a la hoja

Que amarillea—»

—¿Qué había en los sacos? —preguntó ella suavemente.

—Barro de Florida —respondió él—. Esa fue una de las dos cosas verdaderas que te dije.

—Quizás pueda adivinar la otra —dijo; y poniéndose de puntillas lo besó suavemente a modo de ilustración.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB